

## Evocación de un poeta y diplomático colombiano

Escribe: ADOLFO SALVI

Un bardo que, según testimonio de uno de sus ilustres conterráneos, supo vivir en belleza, ejerció por largo tiempo destacadas funciones diplomáticas en nuestro país. El poeta en referencia fue Víctor M. Londoño, vate y prosador de alta calidad, en cuyo espíritu supo aquilatar nuestra urbe capitalina perdurables recuerdos y dulces remembranzas que aquel guardara con delectación y ternura.

Londoño se estableció en Caracas en el mes de junio de mil novecientos trece, investido con el cargo de Secretario de Legación. Su nombre literario ya brillaba con especial fulgor en el campo de las letras colombianas. En su país descollaba en el grupo de los jóvenes poetas de mejor estro y de más promisorio porvenir literario. Nuestra prensa, la escasa con que contábamos en aquel tiempo, lo recibe con resaltantes comentarios. Desde las páginas de "El Universal", dirigido por otro gran lirida, y de "El Nuevo Diario", ambos de recién comenzada actividad, se le saluda con cálida emoción. Igual tributo de simpatía literaria le rinden otras publicaciones, de consolidado prestigio, entre las que sobresale "El Cojo Ilustrado", en cuyas páginas el nombre de Víctor M. Londoño aparecería más tarde con alguna frecuencia.

Tres años después, en el correr de los cuales ofreció el poeta evidentes demostraciones de eficacia y diligencia al frente del cargo que lo investía, fue elevado a la máxima categoría dentro de la diplomacia de aquel tiempo, como era la designación de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, ejercicio que desempeñaría durante casi un lustro.

El poeta y diplomático se entregará durante su placentera permanencia en Caracas al cultivo de las finas letras que sabía producir, especialmente las de naturaleza poética, en las cuales alcanzó a sobresalir con características poco comunes.

La firma del bardo llegó a hacerse habitual en las páginas de nuestros más prestigiosos voceros periodísticos. Su nombre lírico había cobrado dilatado influjo en los medios de mayor elegancia social y el seductor grupo de muchachas que se hallaban en el alborear de la juventud, aspiraban lucir aquella reputada firma en el álbum destinado a los líricos homenajes. Entre las damas que recibieron tan seductora oblación figuró, con especial relieve, Cora Márquez Irigorri, hija del doctor Victorino Márquez Bustillos, en el elevado ejercicio entonces de la Presidencia Provisional de la República.

En las hojas fragantes del libro en donde aquella dama recogía los melódicos tributos de admiración, el poeta estampó con bien cursada letra la estrofa que queremos liberar de su lejano silencio:

*“Gala de una distante Primavera,  
este verso, flor roja,  
enredóse en tu fértil cabellera  
y agoniza después, hoja tras hoja”.*

En aquel vasallaje, expresado en forma colectiva, lo acompañaron otros poetas, Andrés Mata entre ellos, quien con toda la sonoridad caballeresca que sabía imprimirle a su poesía, esparce a las plantas de la dama en referencia la lírica rosa del verso, haciéndolo de esta manera:

*“Hermano soy del poeta  
que te admira por hermosa:  
donde él escoje una rosa  
escojo yo una violeta.*

*I sintiéndome después  
de mi elección satisfecho  
dejo la rosa en tu pecho  
y la violeta a tus pies”.*

\* \* \*

La permanencia de Víctor M. Londoño fue de su más alta complacencia, en aquella distante Caracas, de calles empedradas, de brumosas mañanas, de domingos religiosos, con música de campanas y olor de incienso en los templos; de vida recatada, todo dentro de una dulce remembranza colonial. Sentíase el encumbrado bardo colombiano en el mejor de los mundos espirituales. En el seno de una sociedad señorial y elegante matizada de seducciones, en la que se alternaban, en cauteloso juego, la belleza femenina y la prosapia varonil.

Las exigencias del cargo que desempeñaba no eran muy numerosas ni fatigantes. Había tiempo para disfrutar del dulce gozo de la vida en su más íntima y espiritualizada significación. La poesía lo cerca, lo anima, lo acicatea y su sensibilidad se da a las Musas en cotidiana devoción. Escribe habitualmente. Se entrega con plenitud al ejercicio creador. Su producción literaria crece y se difunde. La prensa de Caracas —diarios y revistas— solicitan sus colaboraciones y los lectores reciben con deleite cuanto de su pluma nace. La ciudad, serena y silenciosa, se le adhiere al cariño como la hiedra al vetusto muro.

\* \* \*

La gestión diplomática de Londoño se prolonga hasta el año mil novecientos veinte. Se aleja adolorido. Deja atrás placenteros recuerdos, emociones inolvidables. Habría querido permanecer frente al Avila y, tal vez, cerrar los ojos, definitivamente, bajo la lumbre caraqueña, ante el opulento paisaje que las luces saben crearle, en brillantes mediodías y en opalescencias vespertinas

Una vez instalado en Caracas le escribe a su fraterno amigo Cornelio Hispano, con fecha de junio de mil novecientos trece, carta en la que le comunica la satisfacción que lo incita: "...como usted me lo había anunciado, me siento contentísimo en Caracas. Ciudad hermosa y alegre, gentes francas, mujeres gentilísimas. Me han recibido muy bien..." Discurren los días y nuevas epístolas le llegan al amigo citado, como también a otros escritores conterráneos, en las cuales el afecto que la metrópoli venezolana le inspira, se afirma y expande. Con fecha de noviembre del mismo año le dice a su dilecto camarada en letras, entre muchas motivaciones: "...Caracas es ciudad tan simpática que ya estoy encariñado y se que cuando me vaya lo haré con pena..." Más tarde, ya separado de sus funciones diplomáticas, vuelve a hablar,

en forma reiterada, de la urbe y de sus gentes. Evoca su prolongada permanencia y deja correr sus sentimientos afectivos. La ciudad fue siempre dulce recuerdo en la memoria del poeta, a quien otro bardo describiera con inspirados versos, suerte de retrato espiritual, que no queremos dejar de divulgar ahora, cuando ya del preclaro cantor apenas queda el recuerdo entre amarillentas hojas, desvaídas por el tiempo, bajo el mismo destino de la corola marchita que rueda entre las livianas manos del viento:

*“Tú fuiste, sobre el oro de tu gentil sandalia,  
a beber en el sacro manantial de Castalia,  
esa magia que surge de tu plectro impoluto,  
y hoy muestras en la flora donde lucen los haces  
del ritmo, las estrofas q’ tus manos vivaces  
tallan con el experto cincel de Benvenuto”.*

Sobre el nombre de Víctor M. Londoño, poeta de altos vuelos, condotiero lírico, capitán de sueños y aventuras patrióticas alzamos este recuerdo en nombre de la ciudad a la que supo llevar sobre el pecho, a semejanza de una límpida medalla de amor.